

Las dimensiones sociales y políticas del Cambio Climático: aportes para ampliar la imaginación

Introducción

Estamos atravesando momentos complejos y convulsionados. Momentos de crisis ambientales, climáticas y ecológicas, en definitiva, una gran “crisis civilizatoria”. Según la Organización Meteorológica Mundial (OMM), cuatro indicadores clave del cambio climático registraron valores sin precedentes en 2021: las concentraciones de gases de efecto invernadero (GEI), el aumento del nivel del mar y el aumento del contenido calorífico y de la acidificación de los océanos. Estas condiciones extremas agravan la situación de deterioro socioambiental en la que vive gran parte de la población mundial y profundizan los conflictos por el agua, la escasez y las disputas por los alimentos y por el creciente aumento del número de refugiados ambientales (Swyngedouw, 2021). La catástrofe ambiental que muchos sectores continúan vaticinando ya está aquí y su origen es antropogénico.

Desde hace más de veinte años se discute con fuerza, en ámbitos cada vez más variados, un “concepto diagnóstico” (Svampa, 2018) denominado Antropoceno. El mismo refiere a que los seres humanos nos hemos convertido en una fuerza de transformación a escala geológica y planetaria. Una fuerza de transformación del mundo a la cual la magnitud de los impactos negativos que imprimimos sobre la naturaleza le ha dado nada menos que nuestro nombre a una nueva época geológica en la historia de la Tierra. En el centro de este concepto se encuentra el “Antropos”, la especie humana como la responsable de este proceso socioambiental. Una de las preguntas más importantes que surge de este escenario es si podemos atribuir el mismo grado de responsabilidad sobre la crisis actual a todos los seres

María Inés Carabajal

ICA, FFyL-UBA¹
micarabajal@gmail.com

Pamela Scanio

ICA, FFyL-UBA/Conicet
pam.scanio@gmail.com

Norberto Pastorino

ICA, FFyL-UBA
nor.pastorino@gmail.com

Natasha Malovrh

FFyL-UBA
namatato@hotmail.com

1. 2022. Participantes del Proyecto “La Antropología de las ciencias del clima en el Antropoceno”, Programa de Apoyo a la Investigación FILO:CYT. Convocatoria 2022. Directora: María Inés Carabajal. Co-directora: Pamela Scanio. Aprobado por EX-2022-05978963-UBA-DME#FFYL.

¿Cómo llegamos hasta acá?

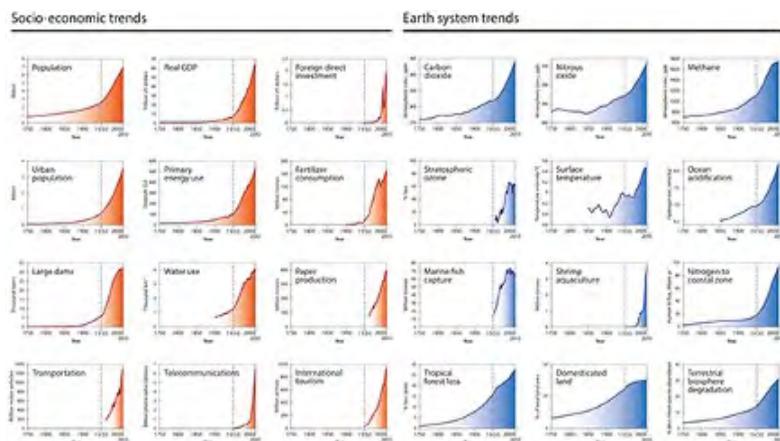
humanos o si debiéramos encontrar una terminología más específica para describir esta época de riesgos e incertidumbres. La búsqueda de rigor terminológico ha dado lugar a desafiantes propuestas e innovaciones teóricas interesadas por analizar los fundamentos básicos de la relación entre sociedad y naturaleza; y entre ciencia, sociedad y política, nada menos que los pilares de la sociedad occidental.

Algunas de las propuestas conceptuales más creativas al respecto surgen de América Latina, tierra de luchas socioambientales y resistencias colectivas. En la búsqueda por ampliar las discusiones sobre el Antropoceno y las respuestas latinoamericanas, en este artículo primero comenzamos presentando algunas de las discusiones principales sobre el Antropoceno. Luego, analizamos este concepto desde una mirada latinoamericana, resaltando el rol de la conquista y el colonialismo como ejes centrales de las desigualdades que permean nuestros territorios. Finalmente, recuperaremos algunas propuestas teóricas potentes que surgen de América Latina, de prácticas sociopolíticas, situadas y locales; herramientas epistémicas centradas en la interconexión, la ética del cuidado y los vínculos afectivos entre los seres humanos y no humanos.

La crisis climática y ambiental: el Antropoceno y la crisis de la imaginación

Que los seres humanos hemos transformado la naturaleza desde hace miles de años es un hecho innegable. Sin embargo, la magnitud espacio-temporal que han tomado estas modificaciones a lo largo de los últimos doscientos años es tan espectacular que actualmente se está discutiendo si hemos ingresado a una nueva época geológica signada por el lugar protagónico del Antropos en el planeta. En efecto, el Antropoceno es un concepto propuesto por el Premio Nobel de química Paul Crutzen y el biólogo Eugene Stoemer en 2000 y designa la fuerza de transformación planetaria que tienen las actividades humanas, asimilable a un volcán en erupción, al movimiento de las placas tectónicas o a la caída de un meteorito, como el que contribuyó a la desaparición de los dinosaurios hace sesenta y seis millones de años. El Antropoceno ha generado una gran crisis de habitabilidad global, devenida por los visibles cambios climáticos, la extinción masiva de especies, la pérdida de biodiversidad y la extracción y el agotamiento de recursos naturales.

Gráficos de la “gran aceleración” extraídos de Steffen et al., 2015.



Desde hace algunos años, el Antropoceno ha disparado un conjunto de discusiones en torno a su posible comienzo, a la evidencia necesaria para demostrar el cambio de época y a las implicancias ideológicas, políticas y hasta educativas que refleja este cambio. En referencia al origen, en un artículo seminal Crutzen (2002) propone a la revolución industrial y al cambio en la matriz energética del siglo XVIII como posible inicio del Antropoceno, proceso que da lugar a un crecimiento sostenido de gases de efecto invernadero en la atmósfera que generan el cambio climático antropogénico. Sin embargo, años después, científicos del Centro de Resiliencia de Estocolmo propusieron a la segunda mitad del siglo XX, específicamente al proceso denominado “La gran aceleración”, como el comienzo de la época actual (Steffen *et al.*, 2015). Lo más interesante de esta propuesta es que toma en consideración tanto los cambios en el sistema terrestre como el aumento en el dióxido de carbono, óxido de nitrógeno y metano, entre otros, como las tendencias crecientes en los sistemas socioeconómicos producto de la globalización: el aumento de la población a nivel mundial, la urbanización desenfrenada y sin planificación, el incremento en el uso de energía y de agua, la producción de papel y la transformación del transporte. Asimismo, uno de los indicadores analizados por estos científicos es la inversión extranjera directa (IED) que podría traducirse como las inversiones que realizan los países del Norte-Global en el Sur-Global, lo que en América Latina suele denominarse procesos extractivistas o (neo)extractivistas. En otras palabras, el incremento de

¿Cómo llegamos hasta acá?

actividades primarias y de extracción de recursos naturales como la minería y la producción de *commodities*, entendidos como bienes sin valor agregado en el mercado, como soja, maíz, trigo y la intensificación de las actividades tecnológico-intensivas.

La complejidad de la crisis ambiental antropogénica pone en evidencia múltiples cuestiones, como la variedad de impactos, la interdependencia de los sistemas, el amplio espectro de formas de ver y habitar el mundo, las distintas formas de priorizar lo económico, lo político, lo social, lo ambiental. Sin embargo, existen dos factores esenciales que consideramos necesario tener en cuenta en el análisis. El primero, es que atravesamos una crisis de la imaginación, que surge de nuestra (in)capacidad de pensar alternativas, estrategias, nuevos tipos de alianzas colectivas, otros modos de (re)crear y narrar el mundo del presente. El segundo factor, es que esta crisis de la imaginación se funda en el vínculo que los seres humanos establecemos con la naturaleza y, por lo tanto, reclama una profunda transformación de las categorías con las cuales narramos y materializamos ese vínculo. El ambiente no puede continuar siendo un telón de fondo, un escenario inerte, donde la vida humana acontece, somos parte de la naturaleza y necesitamos reconectar con lo más profundo de nuestra existencia. Las discusiones que ha desencadenado el Antropoceno, especialmente aquellas miradas críticas sobre este concepto diagnóstico, nos invitan a pensar y a crear nuevos pactos de convivencia, nuevos contratos más que humanos, nuevos imaginarios colectivos a la altura de las demandas y urgencias del presente.

¿Quién es el responsable?: conceptos alternativos críticos

El panorama geopolítico vinculado a la extracción de recursos naturales nos lleva a preguntarnos sobre el lugar que ocupan los países en el orden mundial y si todos ellos en su conjunto tienen la misma responsabilidad y han aportado de la misma manera en la configuración de la crisis civilizatoria que atravesamos. Aquí intervienen las Ciencias Sociales en los debates y se han propuesto otros factores ético-políticos en las discusiones y, con ellos, otros conceptos diagnósticos. Algunos autores proponen que deberíamos llamar a esta época *Capitaloceno* resaltando el rol del sistema capitalista de producción, circulación y consumo; otros sugieren *Tecnoceno*, que atribuye la responsabilidad a la tecnología y a su entrelazamiento con los seres

¿Cómo llegamos hasta acá?

humanos; otros lo denominan *Occidentaloceno*, porque centran la responsabilidad histórica de la crisis ambiental en los países desarrollados del Norte-Global, en línea con las discusiones sobre las responsabilidades comunes pero diferenciadas sobre las emisiones de gases de efecto invernadero que provocan el cambio climático.

El Capitaloceno, el más difundido entre los conceptos críticos del Antropoceno, destaca la explotación y apropiación de las naturalezas baratas para la acumulación de capital de ciertas elites. Jason Moore, uno de los autores que más ha promovido este concepto, sitúa sus comienzos en la conquista y colonización de América. Asimismo, destaca que las naturalezas baratas están llegando a su fin por agotamiento, pero estas naturalezas baratas no refieren solo a los recursos naturales *per se*, sino también a las comunidades indígenas, los esclavos, las mujeres, un entramado más amplio que la sola explotación de los recursos naturales, abarcando la explotación social y racial. En definitiva, la conquista dio lugar al colonialismo, a diferentes formas de violencia, a la superioridad racial y al epistemicidio.

En efecto, la conquista de América no solo generó el genocidio indígena, sino también la eliminación de imaginarios *otros* y la subordinación de otras formas de pensamiento y visiones del/los mundo(s) posibles y deseables, otras formas de pensar y habitar la Tierra. En esta colonialidad del pensamiento o colonialidad del poder (Quijano, 1991), se funda la base de la Modernidad, las ideas de desarrollo y progreso que prevalecen en el conocimiento occidental y la ciencia positivista y materialista que nos atraviesa desde los espacios académicos en los cuales estamos inmersos. Sin esta conquista del pensamiento y la cosificación y explotación de las naturalezas baratas no se habrían dado las condiciones para el surgimiento del capitalismo, el eurocentrismo, ni el Antropoceno.

Para las comunidades indígenas y muchos pueblos sustentables del mundo, la naturaleza no es algo inerte, sin vida, sino todo lo contrario. La naturaleza tiene agencia, subjetividad y por lo tanto hay que mantener relaciones de cuidado y reciprocidad con ella. Tal vez, haya que empezar a considerar estas otras formas de vincularse y comprender los mundos que nos rodean y cambiar la mirada sobre lo no humano. En definitiva, estamos interconectados y formamos parte de la naturaleza, postulados que el Antropoceno y la crisis ambiental vienen a visibilizar.

Recreando herramientas epistémicas de relacionalidad e interdependencia

En estos momentos de crisis de la imaginación necesitamos espacios para reflexionar colectivamente, nuevos modos de coproducir conocimientos, experiencias y mundos más habitables. Necesitamos narrar historias que reivindicquen otras historias, teniendo en cuenta la capacidad transformadora de los discursos y su potencial de deconstruir el excepcionalismo humano que ha regido nuestra vinculación con la Tierra. América Latina, a través de su capacidad de resistencia, reinención y recreación de imaginarios colectivos es una fuente de estrategias alternativas para pensar críticamente el Antropoceno. Hay muchas propuestas teóricas, de pensamiento, que interpelan nuestra imaginación y nutren prácticas e ideas indispensables para (con)vivir en el mundo actual.

Una de estas “alternativas al desarrollo” es el Buen Vivir, centrado en el equilibrio y la armonía que las comunidades indígenas mantienen entre sí y con la naturaleza, a través de prácticas, experiencias y valores comunitarios. Las teorías del Buen Vivir, por ejemplo, ya se encuentran en las constituciones de países como Ecuador y Bolivia, donde la naturaleza es sujeto de derechos, teniendo implicaciones no solo jurídicas en términos del uso, cuidado y restauración de daños causados, sino que también ético-políticas, ya que visibiliza otras formas de entender y relacionarse con la naturaleza e interpela las bases del modernismo que dividió la naturaleza de la cultura. Esta perspectiva holística para entender los mundos, la interconexión y la interdependencia, también empieza a calar hondo en los ámbitos urbanos donde los movimientos de justicia climática y ambiental articulan sus discursos integrando la justicia social. Esta propuesta centra sus demandas en la responsabilidad histórica de los países en el orden global, la dimensión geopolítica, la inequidad social y la desigualdad que rige el sistema de organización social y la vida de las personas. Esta visión más integrada de justicia ambiental y social destaca también que las poblaciones que menos contribuyen al cambio climático son las más vulnerables a sus impactos, con especial énfasis en el género y el rol de las mujeres en las dinámicas sociales y familiares a nivel local.

Ahora más que nunca, en la crisis de imaginación y habitabilidad que permea el mundo, necesitamos herramientas teóricas, metodológicas para pensar alternativas de presente y futuro en y con los territorios afectados por problemas globales. Sin embargo, la solución a los problemas del mundo

¿Cómo llegamos hasta acá?

no podrá venir solo de la racionalidad occidental, necesitamos interconectar con aquello que nos rodea, incorporar la sensibilidad, la corporalidad, la poesía, otras narrativas experimentales y creativas. En definitiva, contar historias que construyan otros mundos más habitables y menos devastadores de nuestro propio planeta.

Referencias

- Crutzen, P. (2002). Geology of Mankind. *Nature*, vol. 415, Nº 23.
- Quijano, A. (1991). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú Indígena* (Lima), vol. 13, Nº 29.
- Svampa, M. (2018). Imágenes del fin. Narrativas de la crisis socioecológica en el Antropoceno. *Revista Nueva Sociedad*, Nº 278: 151-164. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/svampa-tesis-ecologica-antropoceno-calentamiento-global>
- Steffen, W.; Broadgate, W. J.; Deutsch, L.; Gaffney, O. y Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration. *The Anthropocene Review*, 2 (1): 81-98. Disponible en: <https://doi.org/10.1177/205301961456478>
- Swyngedouw, E. (2021). El apocalipsis es decepcionante: el punto muerto despolitizado del consenso sobre el cambio climático. *Punto Sur*, Nº 5.